

LA CITA

Cuando Leo cruzó la entrada del parque, una mezcla de emociones explotó en su interior. «A ver cómo termina esto», pensó. Lo que estaba haciendo no era más que el resultado de una tarde tonta en la que, sin saber cómo, terminó aceptando una cita a ciegas. Ni que fuera Sergio Dalma en busca de su Galilea... O sí, tal vez lo era. No tenía claro qué fue lo que lo había empujado a seguir las señales, las huellas en la arena, el rastro de perfume. Ni tan siquiera sabía por qué había dejado aquella nota mojada a modo de respuesta afirmativa a tan extraña propuesta. Desconocía qué había motivado todo aquello y, mucho más, quién.

Fuera como fuese, el caso es que, llegado el día, Leo se puso sus mejores galas (el traje verde de lino que le había regalado su madre hacía tres cumpleaños) y allí se presentó, en Islantilla, preparado para la aventura y dispuesto a entrar en su yincana del amor. El enclave no podía ser mejor: un parque en pleno entorno natural donde poder pasear entre pinos y jaras, una alternativa a la playa donde ya había probado suerte con Cupido en otras ocasiones y no le había podido ir peor. Esta vez era diferente. Lo primero que tenía que hacer, siguiendo las reglas de la cita, era encontrar a su presa sin ser visto. Bueno, tal vez la palabra ‘presa’ no fuera la más apropiada. Tal vez, ‘compañera’ sonaba mejor. Ella actuaría igual que él, tendría que encontrarlo antes del anochecer y para ello, continuaban las reglas, debían camuflarse y recorrer todos los rincones del parque antes de dos horas. Leo comenzó a andar dejándose llevar por la magia del momento. Estaba convencido de que aquel lugar tenía truco.

Cuando apenas llevaba unos metros recorridos, una brisita cálida, típica del comienzo de los atardeceres que te calan el corazón, lo condujo al llamado *Auditorio*. «Qué buen sitio para dar y topar», pensó Leo. Sería tan fácil como subirse al escenario y, desde allí, hacerse notar, pero ¿cómo podría hacerlo sin apenas ser visto? «Sacaré la lengua», fue el primer pensamiento que le vino. Aquella cita era tan loca que, ¿por qué no actuar como un loco?, ¿acaso no son los amores locos los que siempre ganan? Autoconvencido, se subió al escenario, miró a su alrededor con los ojos que casi se le salían de las órbitas, y lo hizo, sacó la lengua a la espera de que, si ella lo estaba mirando, lo entendiera como una señal. Pero no, no ocurrió nada. Nadie apareció por ningún rincón. Entonces, decidió continuar su camino y dirigirse a lo que, según las indicaciones del parque, se llamaba *El hotel de los insectos*. «¡Claro! Un hotel es el mejor lugar para una cita», pensó Leo en voz alta mientras ponía rumbo hacia allí. Al

llegar, un hambre atroz lo invadió. Los fogones tenían que estar echando humo porque el olor a una comida exquisita lo inundaba todo. La verdad es que durante su estancia en el hotel se preocupó más por intentar pillar algo que por saber dónde podía estar su amada... Pero pronto espabiló. «Probaré suerte en *El Bosque Pintado*», dijo Leo decidido. Y en apenas unos segundos allí se plantó, en un bosquecito de cuento con tronquitos de colores, un rincón encantado(r). Su futura compañera podía ser una amante del arte. Seguro que lo estaba esperando tras uno de los troncos. De nuevo, sacó la lengua esperando que se hiciera la magia, pero tampoco ocurrió nada. Leo empezó a ponerse triste, se le notaba en el estado de ánimo y en su cara que, poco a poco, iba cambiando de aspecto. «Tal vez sea una aventurera y me esté esperando en los toboganes», dijo cabizbajo. Siguiendo el trazo de un caminito, Leo llegó a las resbaladeras. Se deslizó por el rojo, por el amarillo y por el verde. El aire puro llenaba sus pulmones cada vez que se escurría por uno de ellos. Leo cerraba los ojos mientras se repetía: «Esto es el paraíso». Pero le faltaba su Eva y el sol ya iba cayendo. El tiempo se agotaba.

—Me rindo. Nunca la encontraré. Quizás, ella nunca vino al parque y en esta cita el único ciego soy yo.

Leo comenzó a andar sin rumbo entre lamento y lamento. Se alejó de los toboganes y del sendero y se introdujo en plena arboleda. Estaba abatido y le pesaba todo, sobre todo, el corazón. Ya no lucía tan eufórico como cuando cruzó la entrada del parque, que estaba radiante. Hasta su traje verde de lino había perdido color. Estaba apagado, encorvado, casi reptaba. Así, sin darse cuenta, como si hubiera subido la cuesta del momento vital en el que estaba, llegó a la cima de una atalaya. El sol acariciaba ya el horizonte. Desde allí podía verlo perfectamente. «Qué vistas más bonitas. Ojalá pudiera compartirlas con mi amada», dijo Leo mientras se asomaba al mirador. Y de repente, como si fuera una estrella fugaz, vio una lengua entrar y salir de una boca a pocos centímetros de él. Se giró y la vio. Allí estaba ella, serena, mirándolo fijamente. Aquella mirada tenía que tener truco porque hasta el traje verde de lino se le puso rojo como un tomate a Leo.

—Hola. Me llamo Kamal, aunque todos me llaman Kama. Por fin nos encontramos.

Leo se había quedado sin palabras. Kama era una belleza. Según le daban los últimos rayos de sol su piel cambiaba de color. No sabía con cuál de ellos estaba más hermosa.

Él, en cambio, víctima del hechizo del amor o no sabía por qué razón, se mostraba nervioso y sentía como su cara era un semáforo que no dejaba de cambiar de tonalidad. En sí mismo, Leo era un reflejo de su estado anímico y sentimental.

—Yo me llamo León, pero prefiero que me llamen Leo. Encantado de encontrarte, Kama, te he buscado por casi todos los rincones de este parque —dijo él a modo de excusa.

—Era difícil encontrarnos en casi los noventa mil metros cuadrados que tiene el parque, pero no hay nada imposible para el destino —dijo Kama—. Cuando llegué a este lugar, pensé que podías estar bajo algún tipi haciendo el indio, pero no tuve suerte. Luego, valoré que podías ser un fanático del deporte y te busqué en la zona de entrenamiento, pero pronto desistí. Estuve un largo rato esperando, como si fuera Penélope, a ver si eras uno de los atrevidos que llegaban montados en la tirolina, pero tampoco te encontré allí. Entonces, decidí hacer uso de la magia de las estrellas y qué mejor lugar que este balcón para esperar a que brillasen y pedirle a una de ellas que aparecieras.

Leo estaba embobado. Ni siquiera se había dado cuenta de que ya era de noche. Estaba con la boca abierta, asomando su lengua, una oportunidad que aprovechó Kama para sacar también la suya y hacer chocar las dos en la distancia.

—¡Donde esté una lengua larga que se quite la nariz de Pinocho! —exclamó Leo entre risas.

Y así, ofreciendo un festival de cine bajo la luna de Islantilla, dos enamorados disfrutaron en el parque que hoy en día lleva sus nombres de una BiCita camaleónica.

Irene Moreno Jara